

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

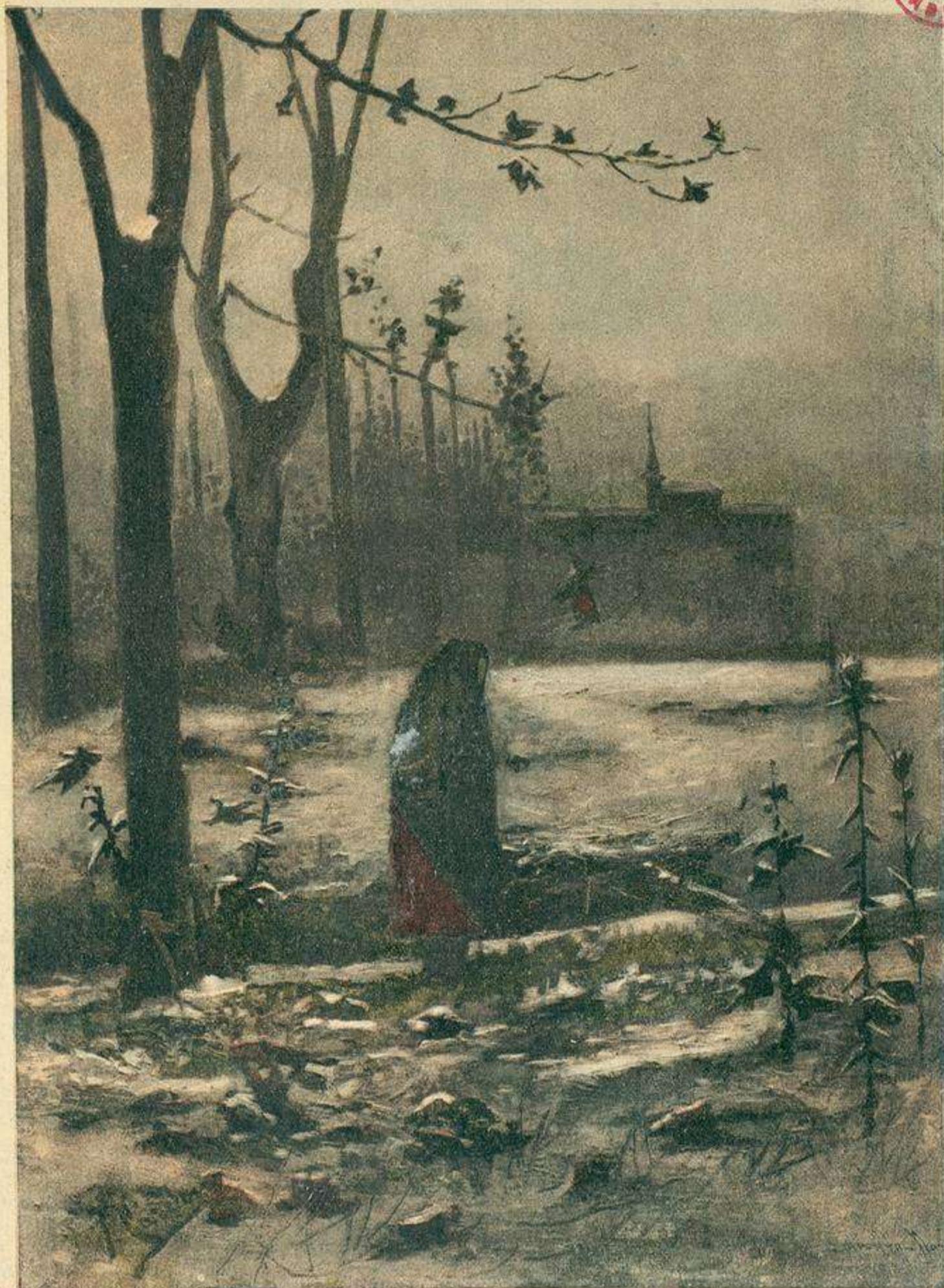
DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GÄRTNER DE LA PEÑA

AÑO II · Nº 41.

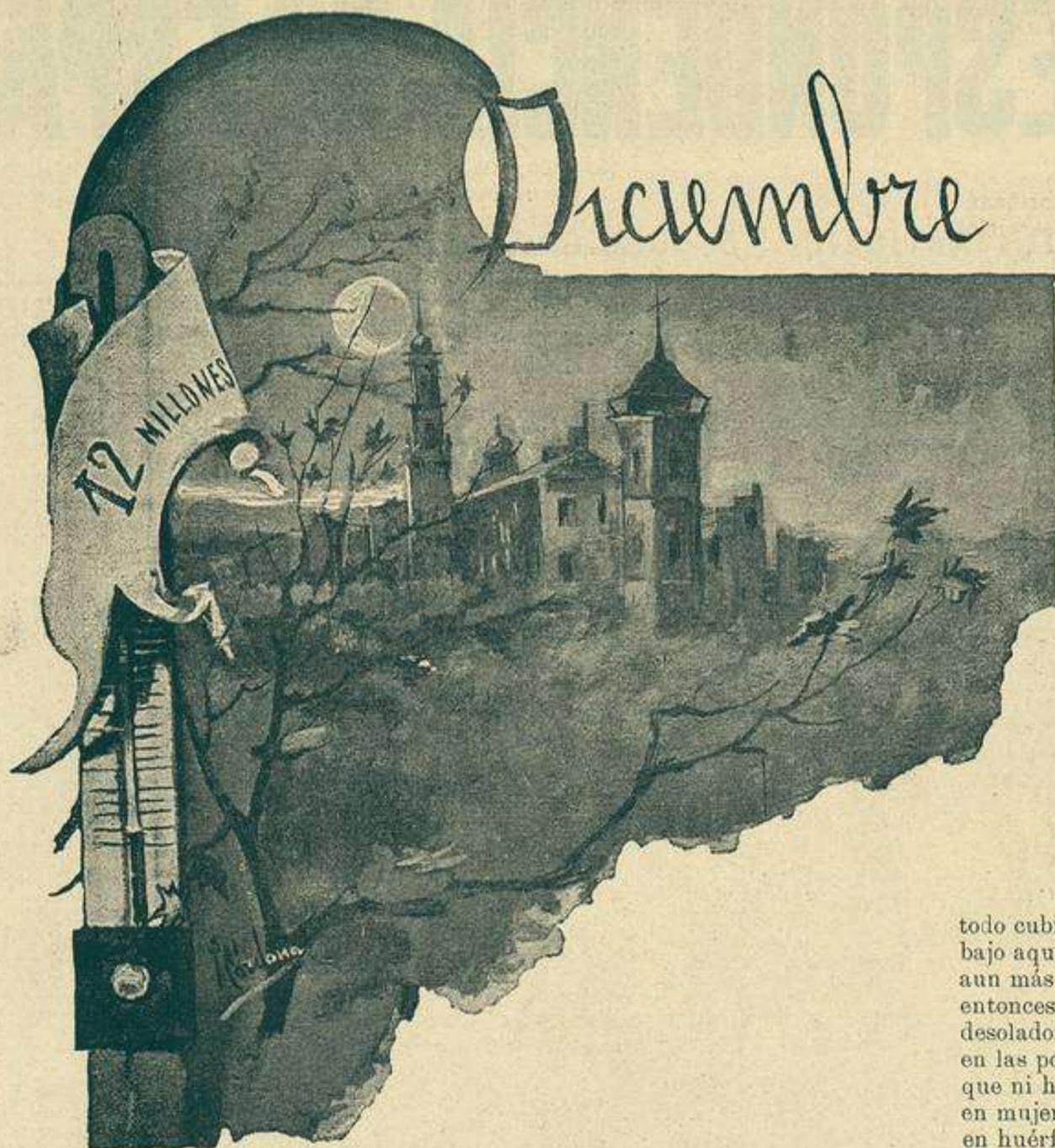
Madrid Diciembre de 1895

OFICINAS · FACTOR. 7

J. CARDONA.



LAS PRIMERAS NIEVES.



QUISICOSAS

En estos días lluviosos
y nublados de diciembre,
place al amor de la lumbre
y al lado de nuestra gente,
recordar tiempos pasados,
horas dichosas y alegres,
que la distancia y el tiempo
hacen más risueños siempre.
En la vieja chimenea
rojas llamas resplandecen,
que á lo largo de los troncos
enróscanse como sierpes,
mientras la leña suspira
como si el fuego sintiese;
las puertas están cubiertas
de tapices, cuyos pliegues
con mucho arte colocados,
ni un mal soplo de aire mueve;
sobre la mullida alfombra
los muchachos van y vienen,
y saltan, gritan y ríen,
yendo en pos de sus juguetes,
en tanto que el padre, serio
y silencioso, revuelve
allá en su imaginación,
graves problemas, que á veces
interrumpen los muchachos
dándole un beso en la frente.
La madre mira á sus hijos,
y á ratos los ojos vuelve
hacia el balcón, y los fija
en el campo que se extiende
hasta allá lejos, muy lejos,

2

todo cubierto de nieve,
bajo aquel cielo plumizo,
aun más triste que la muerte;
entonces piensa en el frío
desolador de diciembre,
en las pobres criaturas
que ni hogar ni abrigo tienen,
en mujeres desvalidas,
en huérfanos indigentes
que en el quicio de una puerta
desnudos y hambrientos duermen;
y, conteniendo sus lágrimas,
á Dios eleva sus preces,
suplicándole por todos
los que sufren y padecen;
y ruega porque sus hijos,
ahora dichosos y alegres,
en lo porvenir no sufran,
errantes sobre la nieve,
sin pan, sin hogar ni abrigo,
los rigores de diciembre.

**

El sainete de Ricardo Vega,
que se estrenó en Apolo,
no gustó á los señores, y lo siento,
porque había de todo.

El maestro Bretón puso una música
muy buena, pero sabia;
y en obras en un acto, populares,
tal música no encaja.

Tenía el sainete varios tipos
y chistes muy graciosos;
pero la acción, hablando con franqueza,
interesó muy poco.

Mas, á pesar de todos sus lunares,
digo que el sainete,
por lo bien observado y bien escrito,
mereció mejor suerte.

La culpa del fracaso es de la empresa
que, abusando del público,
cobró, localidades de á tres reales,
á tres y á cuatro duros;

y esto hace mala sangre, y predispone
á verlo malo todo;
y el autor y la obra, en estos casos,
pagan los vidrios rotos.

* * *

Es verdad; el marqués de Cabriñana
ha prestado á Madrid un gran servicio;
pero mucho me temo que mañana,
en cuanto pase el popular bullicio
(que en el primer instante
arrolla cuanto encuentra por delante,
como al día siguiente,
por ser en sus pasiones inconstante,
todo lo olvida y todo lo consiente),
mucho me temo, digo, que mañana
sigan los mismos males,
y, después de tantísima jarana,
se queden como están los concejales
y fracase el marqués de Cabriñana.

* * *

Sol y sombra: un nuevo libro
de don Ricardo Sepúlveda,
escrito con mucha gracia
y mucha literatura.

* * *

Con frecuencia incurrimos
en exageraciones;
Dumas, hijo, á quien todos aplaudimos
al través de muy malas traducciones,
no es un autor de genio
como dice la gente,
pero sí un escritor de mucho ingenio,

espiritual, ameno y elocuente.
No ha muerto *ab intestato*
como ha dicho Palencia;
ni es cierto que ya no haya literato
que sea digno de obtener su herencia.
Alguien que no recuerdo, há tiempo dijo
(aunque al autor de *Nieves* no le cuadre),
que vale mucho más que Dumas, hijo,
un drama de los que hizo Dumas, padre.
Esos que á todas horas en España
censuran el lirismo
que nuestra escena nacional entraña,
que celebren me extraña
el parlamentarismo
insoportable y falso que ha llevado
Dumas, hijo, á la escena,
y del cual en sus obras ha abusado
de un modo lastimoso y que da pena;
defecto por defecto, yo prefiero
el que tiene más arte y poesía;
pero en España todo lo extranjero
es mejor porque sí; ¡qué tontería!

.....
.....
.....
Hace años que se dió, modestamente,
sepultura cristiana
á un escritor dramático eminente,
al autor de *Venganza catalana*;
entonces los diarios
dieron cuenta en un suelto del asunto,
y no hubo extraordinarios,
y nadie le llamó genio al difunto;
¿y hoy por Dumas acaba
de hacer tales extremos?... ¡Quién diría
que el país que con Lope se ufanaba,
sin sentido común se quedaría!

P. P. GIL.

VIVA ESPAÑA ⁽¹⁾

SONETO

El combate empezó, terrible y fiero.
A su hogar y sus padres arrancado
en años niño, más gentil soldado,
avanza en las guerillas el primero.

¡Ah! ¡valiente, procura ser certero!
le dice el capitán, y cae á su lado
gritando, ¡viva España! denodado.
¡Adiós mis hijos, que sin verlos muero!

Y el soldado redobla su bravura,
afina al disparar la puntería
bala que infame lanza la espesura:
mortal le hiere y grita en su agonía:

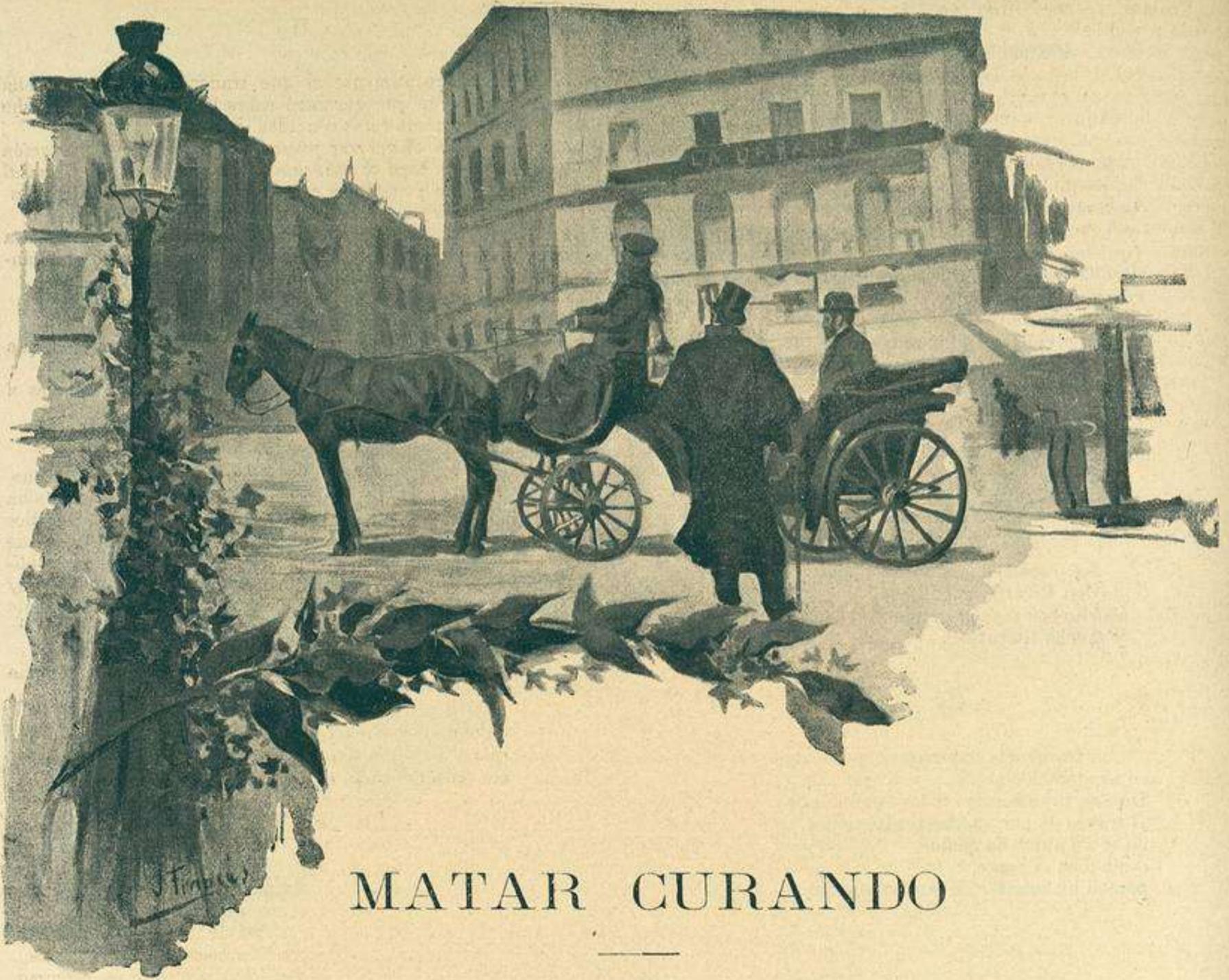
—¡Viva España!—y luego con tristura
¡Muero sin abrazarte, madre mía!

MANUEL ORTIZ DE PINEDO.



CASADO.—Un dibujo al carbón.

(1) De un volumen de sonetos, próximo á publicarse, y con el cual el aplaudido autor de *Los pobres de Madrid* se despide de las letras.



MATAR CURANDO

I

Nos reunió la casualidad y, como siempre, nos confundimos en estrecho abrazo.

—¡Ojos felices los que te ven!

—¡Dichosos los míos que te contemplan!

—¿Qué es de tu vida? ¿dónde te metes?... ¿qué haces?

—Lo de siempre, curar; es decir, emplear todo mi tiempo, y toda mi atención, y cuanto he logrado aprender, al exterminio, ó cuando menos al remedio de las dolencias humanas.

—¡Y como siempre, consagrándote con verdadero entusiasmo á la curación de lo incurable... entregado, en cuerpo y alma, á los estudios de la frenopatía!

—Y tú obstinado en negar, por supuesto sin pruebas, que en buen número de casos la locura es curable y muy curable...

—¡Para el tonto que lo crea! Ya ves... yo empiezo por declarar-te que en esta obstinación he llegado hasta ser verdadero maníaco, si así lo quieres, y sin embargo, tú, hasta el día, no has sabido, no ya curarme, ni siquiera corregir mi extravío.

—Empieza por declarar que ni lo he intentado siquiera, pero puesto que has conseguido herir la fibra de mi amor propio, desde este momento te reto á que seas testigo del fundamento en que descansan mis creencias. La ocasión es todo lo propicia que pudiera desearse. ¿Dispones de media hora que pasar en mi compañía, y adonde yo te lleve?...

—Si tal.

—¡Pues ea!... ¡en marcha! Cerca del sitio en que nos hallamos, tengo un cliente en grave caso de perturbación mental. Quiero que le veas, que aprecies el estado de su razón, y te emplazo desde ahora, para el día en que vuelvas á ver á mi hombre «*completamente curado*».

—Acepto ambas proposiciones, pero te advierto que si fracasas, como fracasará, en tú empresa, la expiación que á tu soberbia he de aplicar ha de ser terrible.

—Yo seré más generoso contigo. Cuando tenga curado á mi enfermo, gozaré la satisfacción del bien hecho, y me contentaré con reirme de tu ridícula incredulidad.

—No hablemos más, y vayamos derechamente á nuestro objeto respectivo.

Subimos á un coche, y después de media hora de atravesar calles, cruzar plazas y recorrer travesías y callejuelas, llegamos á la puerta de una casa de reciente construcción y extremada altura, alzada en uno de los barrios más populosos y más olvidados de todo servicio municipal de esta la villa y corte.

Ciento veintisiete peldaños cuidadosamente contados empleamos en la ascensión al cuarto á que nos dirigíamos.

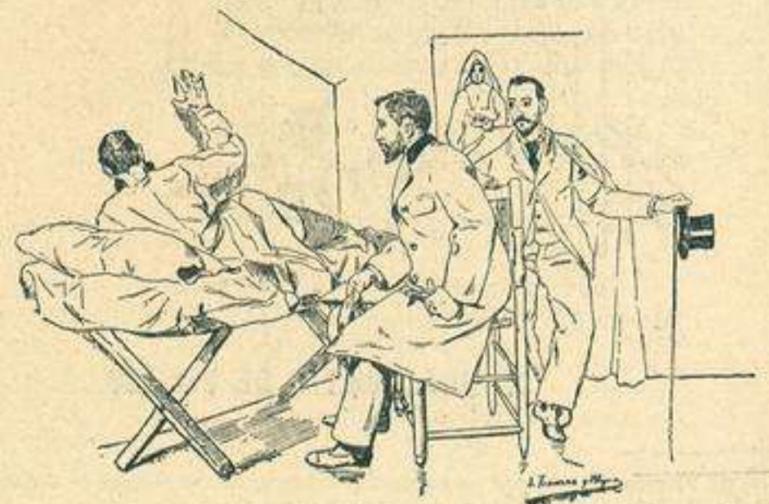
Franqueó nuestro paso al interior una de esas santas mujeres, nunca bastantemente celebradas por su abnegación verdaderamente celestial, que visten el traje de las hijas de San Vicente de Paul, de aquel santo aragorés á quien debe la humanidad tesoros de gracia y de reconocimiento.

—¿Cómo va, sor Agueda—dijo el médico—mi amigo?

—¡Mal, señor doctor, muy mal!

—¿Qué... acaso ha sufrido el pobre Félix algún acceso de furia?...

—No, felizmente... pero esta noche ha desbarrado de una manera incalificable...



—¡Veamos, veamos!—dijo yo, lanzándome en la habitación ocupada por el loco.

Sentado éste en la cama, lívido el semblante, la mirada indecisa y con todas las señales de la demacración en el semblante, fijó en mí sus ojos, con toda la expresión de la ira, y tras el intento, que no pudo realizar, de incorporarse violentamente, dijo con voz cavernosa y trémulo acento:

—¿Eh?... ¿qué es esto?... ¿asi se entra hasta mí el primero que llega? ¿dónde está mi ayuda de cámara?... ¿dónde mis criados?... ¿qué es de mi descansada servidumbre?...

Y cambiando en el acto de tono, y dirigiéndose á la pared, continuó:

«Luisa, mi querida Luisa! perdonémosles; qué conversación tan grata han venido á interrumpir estos importunos. No ocultes tu rostro entre las manos; yo sabré despedirlos.»

Hizo un nuevo esfuerzo para incorporarse, y nuevamente cayó desplomado sobre la almohada.

A los pocos momentos, y sin ocuparse para nada de nosotros, continuó en su delirio.

«Vamos, Luisa mía, mi desposada de ayer, mi esposa de hace pocas horas; tú á quien acabo de dar mi nombre en los altares, donde el Señor ha consagrado nuestros juramentos, ¿no oyes que la música empieza á dejar oír sus acordes? va á dar principio el baile y debemos inaugurarle.»

«Une tu mano á la mía: Tu mano, que tiembla amorosamente. Dejame imprimir un beso en esa frente, tan blanca y pura como tu alma.»

Hasta este momento no había comprendido la dicha que proporciona la fortuna. Puedo satisfacer tus menores caprichos; desea, pide, manifiesta tus deseos y me faltará tiempo para que los veas cumplidos.»

Hizo al llegar aquí una pausa, y á poco rato volvió de nuevo, aun cuando en otro tono, á su extravagante monólogo.

Esta vez había desaparecido de su imaginación el fantasma del amor, para ser sustituido por la manía del poder y de las grandezas.

«Dejadme, dejadme, he dicho; soy feliz con la paz y la tranquilidad de que disfruto. No halaguéis con vuestros presentes y vuestras alabanzas mi vanidad humana. Buscad otro que os gobierne... ¡Ah! es que juzgáis indispensable para el bien público mi gestión política. Pues bien me sacrificaré; seré vuestro rey! Yo uniré la suerte de mi vida á la de mi pueblo; yo no perdonaré medio de hacer su felicidad.»

Aquí inclinó la cabeza sobre el pecho y se desvaneció.

El médico aplicó á la nariz del loco un frasco de sales, á cuyas evaporaciones volvió á recobrar aquél el espíritu, y dirigiéndose á mí, dijo:

—¿Supongo que no pondrás en duda que se trata de un verdadero alucinado?

—Seguramente que no—le respondí.

—Pues bien, dentro de poco le haré recobrar la razón. Quedas citado y emplazado para mi primer aviso.

—¿Todavía alimentas esa soberbia, que tan mal cuadra con lo modesto de tu carácter? ¿Pretendes todavía curar á ese infeliz enajenado?

—¡Sin distingos ni términos medios, te digo que le curaré; y... al tiempo!

II

No recuerdo precisamente el que transcurrió desde aquella fecha hasta el día en que encontré sobre la mesa de mi despacho una carta que contenía estas contadas líneas:

«Amigo querido: Si quieres presenciar mañana una operación de autoplastia, que hará el eminente doctor Z*** en el Hospital de la Princesa, ven por esta tu casa á las siete de la mañana. Después almorzaremos juntos. Siempre tuyo, X.»

Acudí puntualmente á la cita, y al bajar la escalera de la casa de mi amigo vi en ella un hombre robusto y de animado semblante, que barría y limpiaba cantando alegremente.

No sé por qué impulso secreto me detuve á contemplarle.

—¿Le conoces?—me preguntó mi amigo.

—A decir verdad, no creo que sea esta la primera vez que le veo.

—¿No te dije que abrigaba la ciega fe de curarle?... Ese es el loco... Acércate á él é interrógale.

Me aproximé, y le dije:

—Ruda tarea es esa, amigo mío.

—No tal, señor—me contestó;—y además la hago de muy buena gana. ¡Es el doctor tan bueno para conmigo! No solamente ha sabido volverme á la razón y prestarme todo género de auxilios durante mi enfermedad, sino que cuando empecé á convalecer me trajo á su casa, donde me da buen salario, buena y abundante alimentación, y me concede señaladas consideraciones. Yo sería muy feliz, á no ser por los tristísimos recuerdos que de vez en cuando me asaltan.

—¿Y qué recuerdos son esos?...

—¡Ah, señor! Sentiría molestarle con su relato, aun cuando me complace mucho recordarlos.

—¡Hablad sin temor ninguno!

—Pues bien; no sé si el doctor, aquí presente, os diría que me volví loco por excesos en las bebidas alcohólicas. ¡Pobre de mí... Joven todavía, sin medios de fortuna ni atractivos personales, había conseguido el amor de una joven, huérfana, tan pobre como yo, pero linda como un ángel y con un alma verdaderamente angelical. Dios bendijo nuestra unión, y mi Luisa por su parte y yo por la mía trabajamos con provecho bastante para llevar una existencia tranquila y risueña. Tuvimos una hija, en la que concentramos todo el amor de nuestros corazones. ¡Era nuestra delicia-nuestro encanto, nuestra completa felicidad, nuestro Paraíso!

Un día el amor de nuestros amores amaneció lívida y triste... La fiebre la consumía. Corrí á la casa del médico más próximo. Era el que es hoy mi salvador y mi amo. La pulsó, la auscultó con detenimiento, y llamándome aparte, para que no se enterase mi Luisa, me apretó la mano y me dijo con tono dolorido:

—¡Félix, valor! Vuestra hija está grave, muy grave; preveo un próximo y funesto resultado.

Dos meses después, dos meses de angustias, de lágrimas, de desesperación, murió mi hija.

Y al morir mi hija quedaba herida de muerte mi pobre mujer.

Entonces empecé á beber como remedio á mis tristezas. Bebí mucho, mucho; hubo ocasiones en que pasaba dos y tres días en la taberna, sin volver á mi casa. Luisa me reconvenía; pero había ya llegado al periodo del embrutecimiento, y desoía sus consejos. Entretanto, la infeliz era víctima de la consunción moral y material. Una mañana al entrar en mi casa encontré á mi mujer sobre la cama, vestida, pero cadavérica; estaba yerta... La cogí la mano... era de hielo... Di un grito y caí desplomado... Desde entonces perdí el recuerdo de todo, hasta el día en el que, como si saliera de un sueño, encontré al doctor sentado á la cabecera de mi cama y diciéndome:

—Félix, Dios ha querido bendecir mi obra de curación: has estado loco; pero si vuelves á tus antiguas costumbres, no respondo de tu vida.

Desde entonces no bebo sino agua, y me siento bien y con buen ánimo.

—¡Sea enhorabuena!—le dije, despidiéndome con el corazón oprimido.

.....

—¿Qué tal, señor escéptico?—me dijo el doctor.—¿Dudarás ahora de lo que te ofrecí? ¿Está ó no curado mi pobre demente?

No pude contenerme.

—¿A eso llamas curar?... ¿De eso te alabas? Ese hombre era feliz con el olvido de sus amarguras, y le has devuelto la conciencia de su desesperación! ¡Había olvidado la pérdida de su hija y de su mujer, y has renovado en su alma los dolores de su ausencia! ¡Este hombre había llegado á creerse amado, feliz, rico, hasta rey!... y volviéndole á la realidad le has convertido en criado y le sostienes por caridad! ¡Has borrado de su cerebro las ideas falsas, le has devuelto el conocimiento de las verdaderas, y al matar sus



alucinaciones le has convertido en un miserable! ¿Tendrás valor todavía para enorgullecerte de tu obra?...

El doctor se contentó con decirme sonriendo:

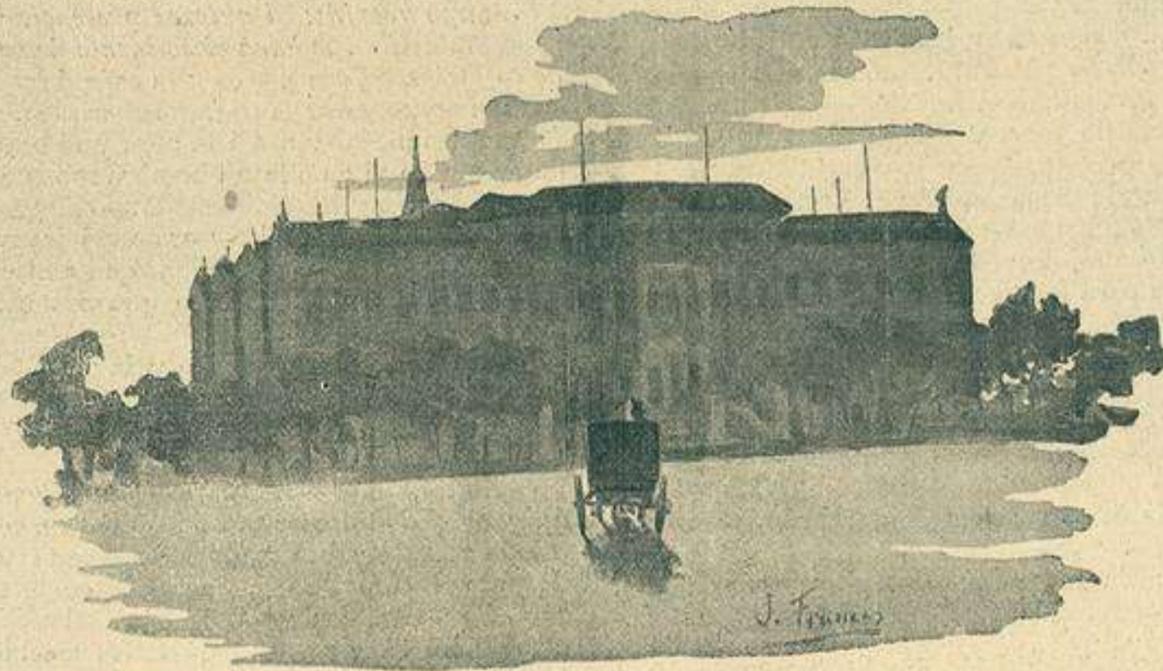
—¿A que resulta que era mucho mejor dejarle con su locura?

—Sin duda alguna...

Y aquí terminamos nuestro diálogo.

El carruaje que nos conducía había hecho alto. Estábamos á la puerta del Hospital, adonde nos llevaba el propósito de admirar la operación que á practicar iba el eminente doctor Z.***

EDUARDO SACO.



MODAS QUE FUERON



Señoras mías muy queridas: Se me antoja poco... poético, digámoslo así, eso de no mirar sino al presente y al porvenir; ambas cosas podrán ser prácticas, provechosísimas, pero en mi sentir carecen del atractivo, del encanto que tiene el pasado. Y no hay remedio: ¡cada año que cumplimos nos acerca á vivir de remembranzas; triste vida es, pero es vida!

Se me figura que los recuerdos, melancólicos ó alegres, suelen ser más profundos que las esperanzas, por lo mismo que son más serios. El ayer, al desaparecer, es casi siempre muy interesante...

¿Por qué, pues, uniendo el pasado al presente no hemos de fijarnos, un poco al menos, en las modas que fueron, rindiendo así tributo de recuerdo á nuestras abuelas, de paso que comparamos lo que ellas usaran con lo que usamos nosotras?

¡Sus! y al trabajo.

.....
Andando el tiempo, «lo más antiguo llega á ser lo más nuevo», en cuestión de modas, se entiende, y por aquello de, «quien guarda halla».



Y esto de que «lo viejo es nuevo» no es idea mía, sino de una célebre *couturière*, cuyo retrato ofrezco á las lectoras, la modista de la emperatriz Josefina.

Por cierto que la primera esposa de Napoleón I debió pensar lo mismo que la mencionada costurera, una vez que á su regia iniciativa debióse la resurrección por aquel tiempo de las modas romanas. Lo cual dió lugar á que aquella se devanara los sesos buscando en trajes griegos y romanos lo más elegante y lujoso que usaran estas damas; trajes que hicieron sensación en salones y paseos, pues si las damas los adoptaron con entusiasmo, entiendo que fué mayor el que despertaron en los galanes... Y ya es sabido: «las mujeres se visten contra las mujeres y para los hombres».

Todo se usa, se ha usado y se usará.

Vayan ustedes á los Campos Eliseos, en París, en un hermoso día, y díganme si no creen hallarse en plena corte de los Valois al ver, no solo las telas de los vestidos, sino su hechura, las abuecadas mangas, el llamativo corpiño, la voluminosa gorguera, etc., etcétera, de las elegantes más... afamadas.

Y claro está: en cualquier figurín de aquellos tiempos, y salvo ligeras modificaciones, puede inspirarse hoy una buena modista.

Supongamos que Inés Sorel y aún Margarita de Borgoña resucitan, y se nos presentan en «traje de paseo». Pues la innovación necesaria se reduciría al tocado. Si en vez del que ellas usaron les pusieramos un sombrero del día, teníamos una *toilette* apropiado para las próximas *matineés*.

Es más: las elegantes de la época de Carlo Magno, nada menos, tienen también su puesto en los modos de vestir hoy, que llamamos nuevos. Y aunque hicieran sensación y al verlas dijéramos «¡ah!» con extrañeza, no pasarían á nuestros ojos por extravagantes ni anticuadas, sino por algo exageraditas, nada más.

¡Cómo si lo viera! cuando la mujer cubría su cuerpo con pieles de animales, ya presumía de elegante y hasta se burlaba de las plumas con que la salvaje de su abuela se adornaba.

Démonos, si, lectoras, la satisfacción no exenta de melancolía, de volver la vista al tiempo pasado.

Los figurines datan del siglo XIV; pero no en la forma actual (por supuesto), sino en forma de maniquies. Estos llevaban de un punto á otro las modas.

Las señoras de la edad media se ocuparon en que *viajaran* por Europa, y con rumbo á donde se hallaren sus parientes ó amigas, unas muñecas vestidas á la última usanza por los mejores *modistos* ó modistas.

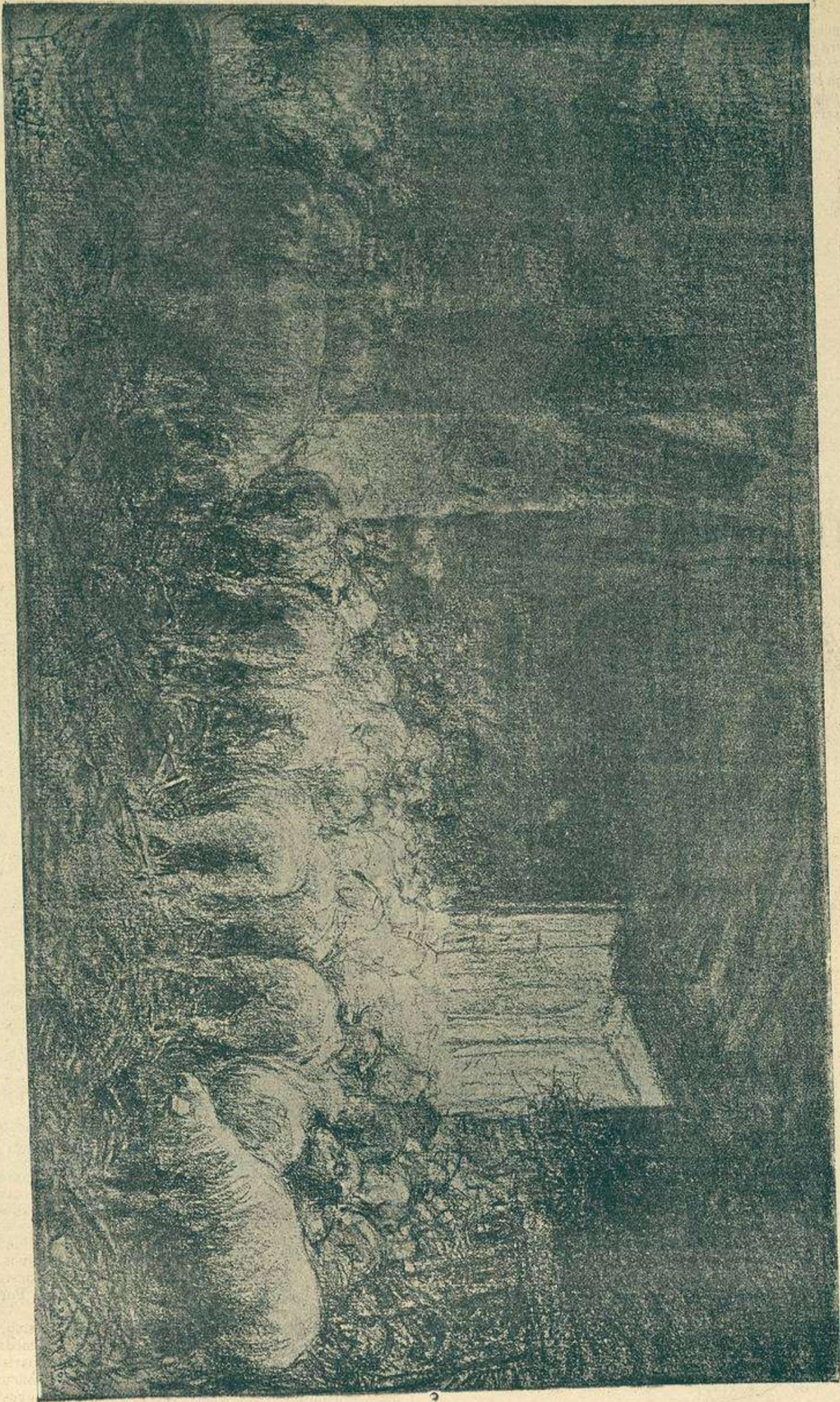
De esta suerte, las no muy divertidas esposas de los duques, y las de los landgraves también, encerradas en sus respectivos cuanto sombríos *chateaux* de Bretaña, ó á orillas del Rhin, conseguían tener noticia de lo que más se estilaba en París y en Borgoña, ciudades que rivalizaban en fausto y ostentación.

Mediante idéntico procedimiento, enterábanse así mismo otras poblaciones no menos importantes, de los decretos de la moda: Venecia, por ejemplo, recibía todos los años una muñeca parisiense, que exhibía el día de la Ascensión en sitio céntrico y concurrido.

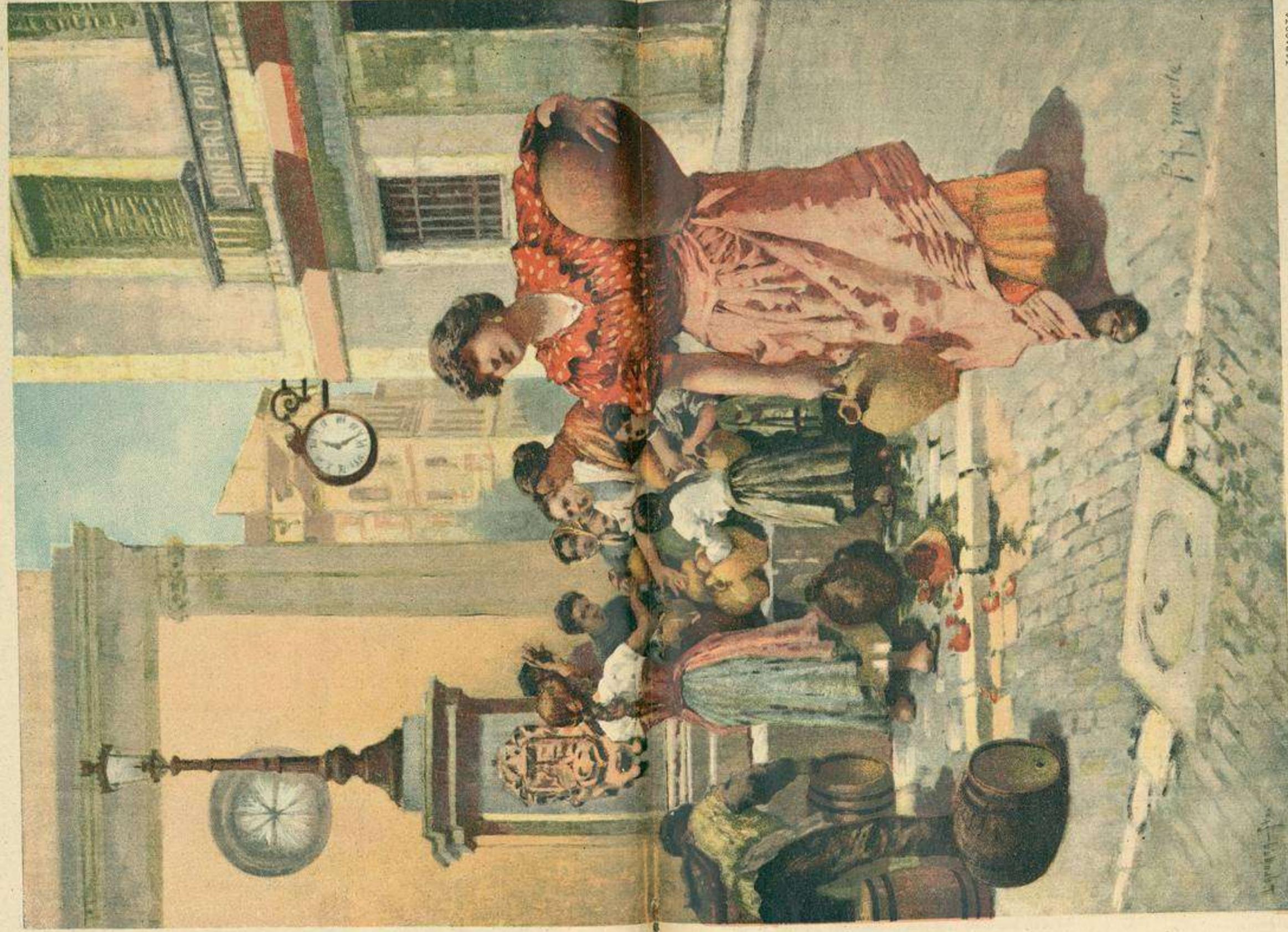
Y cómo aquella muñeca era fiel trasunto de los nuevos usos, las nobles venecianas teníanla en gran estima, y al copiarla no perdonaban detalle.

S.

HOJAS DE MI ALBUM.—FRANCISCO DOMINGO.



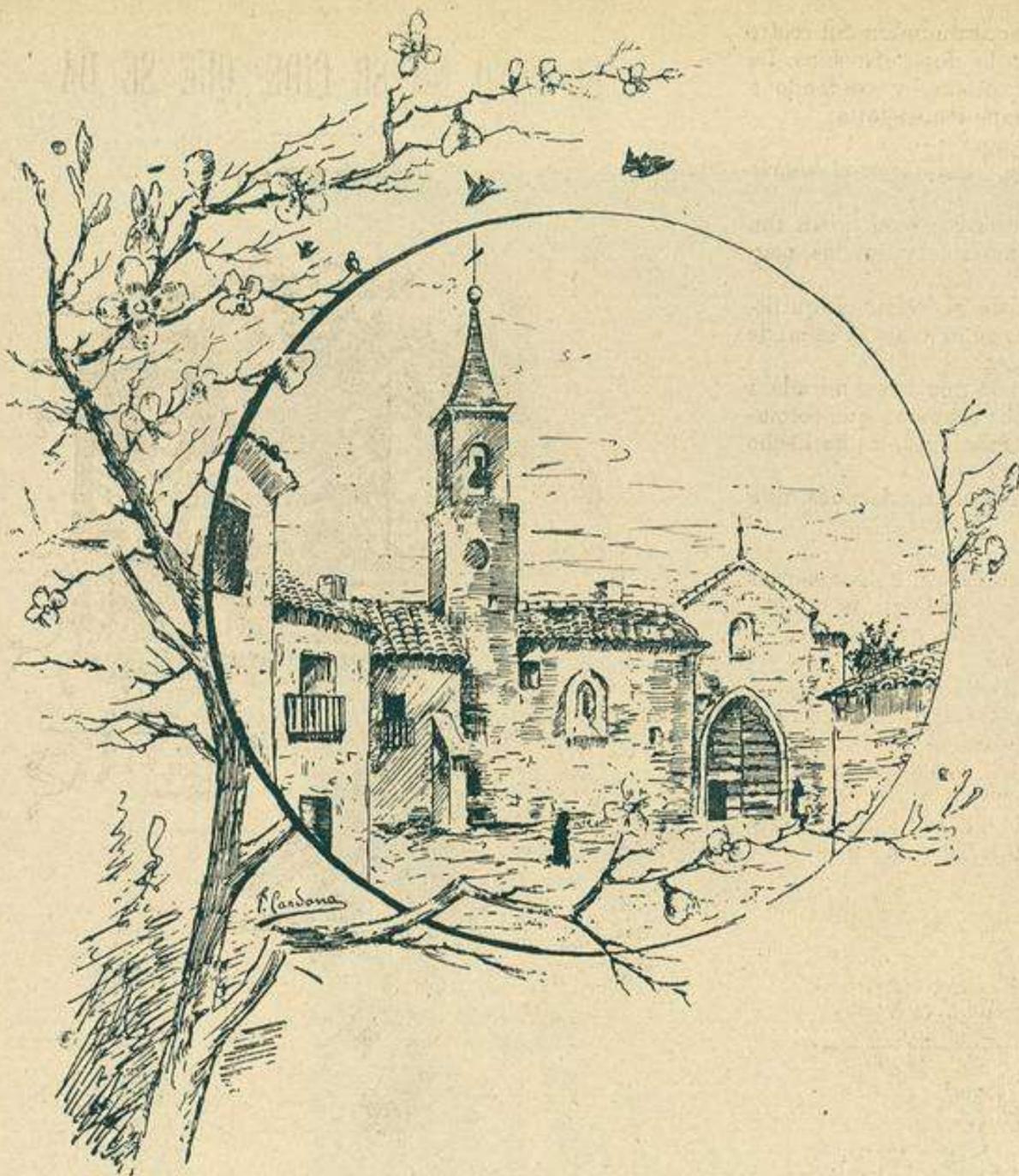
P. A. ARMESTO.



CRÓMATIPIA E. PORTABELLA

ZARAAGOZA

EN LA FUENTE.



LAS FLORES DEL CEREZO

Todo aquel término de Briñoles era una desolación; campos y campos de pan llevar, sin un solo árbol, sin una sola mancha de sombra.

Cuando el sol de agosto derramaba sus ardientes rayos, de la agrietada tierra, de los resecos rastros, fluía un vaho lúminoso y la interminable llanura semejava el inmenso y calcinado solar de un incendio.

Las casas del pueblo, angustiadas por las torturas del calor, se aglomeraban y confundían como pensando ¡hagámonos sombra!; y sólo al pie de la iglesia é inmediato á la casa rectoral, se divisaba un rinconcillo de relativo verdor: era la huerta del cura.

Porque el cura de Briñoles tenía una huerta y una sobrina. La sobrina menuda y traviesa; la huerta más chica que un pañuelo; aquélla alegría y ésta orgullo del anciano sacerdote, que era, con su sobrina y con su huerta, un bendito de Dios.

La inquieta muchachuela se llamaba Rosario; pero por su carácter decidido y jovial, había ya alcanzado las grandezas de un sobrenombre, apellidándola su tío Rosario de Risas; en la huerta florecía un cerezo que se llevaba la admiración de todos los vecinos de Briñoles; despertaba la codicia de todos los chicuelos del pueblo y constituía el amor de cuantos pájaros moraban en cinco leguas á la redonda.

¡Qué árbol aquel tan admirado, sobre todo en un país donde era el único árbol! ¡qué robustez la de su tronco! ¡qué majestad la de sus ramas! ¡qué precocidad y qué abundancia la de su bermejo fruto, á cuyo solo recuerdo saliveaban los chiquillos y los pájaros pegaban ávidos picotazos en el aire!

Pero aun cuando el cerezo constituía la gala más preciada de la huerta, crecían también en el reducido espacio de ésta arbustos de flor y de fruto y aun algunas legumbres y matas de claveles, siendo para los vecinos de Briñoles, acostumbrados á la desolación de todo el término, motivo de frecuentes discusiones

tanta frondosidad, lozanía y opulencia como el chico huertecillo ofrecía á sus asombrados ojos.

Quién aseguraba que bajo la tierra del huerto oculto manantial estaba esperando el golpe de vara de Moisés para salir desbordando sus cristalinos caudales; quién atribuía á la mancha desombra que proyectaba la iglesia sobre el huerto, el beneficio de que cuantos arbustos crecían en éste, conservasen la jugosidad y frescura necesarias para la vida, y quién, dejándose de iglesias y manantiales, achacaba á obra de brujería aquel verdadero prodigio superior á cuanto puede alcanzar y comprender la inteligencia humana.

«No os quebréis la cabeza—solía decirles sonriendo el cura—buscando ésta ó la otra causa para explicaros la fecundidad y hermosura de mi huerta; yo voy, en pocas palabras, á descubrirlos todo el misterio.

Bien sabéis que bajo el mando y dirección de mi revoltosa Rosario de Risas se reúne casi todos los días en el huerto ese enjambre de chiquillos y chiquillas con que Dios ha tenido, á bien alegrar los hogares de Briñoles.

En mi huerta corren, en mi huerta ríen y en mi huerta juegan; ¿pues qué mucho que al rumor de sus voces y de sus risas alcen los arbustos sus orgullosas ramas y rompan gozosas las flores del cerezo sus estrechas cárceles? La vida llama á la vida, y la canción de un niño es un agudo toque de corneta para todo lo que tiene esencia y necesidad de vida: si es un germen, arraiga; si es un brote, rompe; si es una flor, se abre; si es un fruto, grana.

Os asombra el intenso color de mis cerezas y no os fijáis en los

labios de vuestros hijos, rojas aquellas y rojos éstos; pues con las risas que salen de esos labios han madurado mis cerezas, porque desde los cuerpecillos de los niños que juegan al pie del árbol hasta las ramas más altas y empingorotadas de éste, se ha establecido una corriente opulenta de vida que es en los niños canción y en el árbol fruto.

La vida llama á la vida, os lo repito: ¿queréis explicaros la alegría y esplendor de mi chico huertecillo? pensad en la salud y en la felicidad de vuestros hijos; la sangre de éstos es la savia de mis plantas, sus canciones la diana de mis flores, su vida la vida de mi huerta.»

No eran los vecinos de Briñoles gente de tal delicadeza de corazón ó de tan metafísico intelecto que lograsen atisbar los fundamentos de las razones del cura; así que cuando éste concluía de hablar, un coro de incrédulas sonrisas sellaba sus hermosas palabras. El respeto no permitía otra contestación; pero alguna vez ó el labrador más rico, ó el más anciano, ó el más decidido, solían argüirle:

«¡Nada, señor cura, que es el manantial que hay debajo! O bien: «¡No le dé usted vueltas, es la sombra de la iglesia, que resguarda al huertecillo! ¡ó son los exorcismos de usted con agua bendita! Y el bueno del sacerdote contestaba casi incomodado: «¡Es la vida, grandísimos testarudos, es la vida!...

¡Y no era el manantial, ni la iglesia, ni los exorcismos, ni la vida! Era..... Pronto sabrán los lectores lo que era. ¡Pero no era la vida!

* * *

Una tarde de mayo—ya el cerezo comenzaba á cubrirse de flores—una tarde de mayo habían invadido la huerta, como de costumbre, las revoltosas mesnadas de los chicuelos de Briñoles, bajo el alegre mando de la jovial Rosario de Risas.

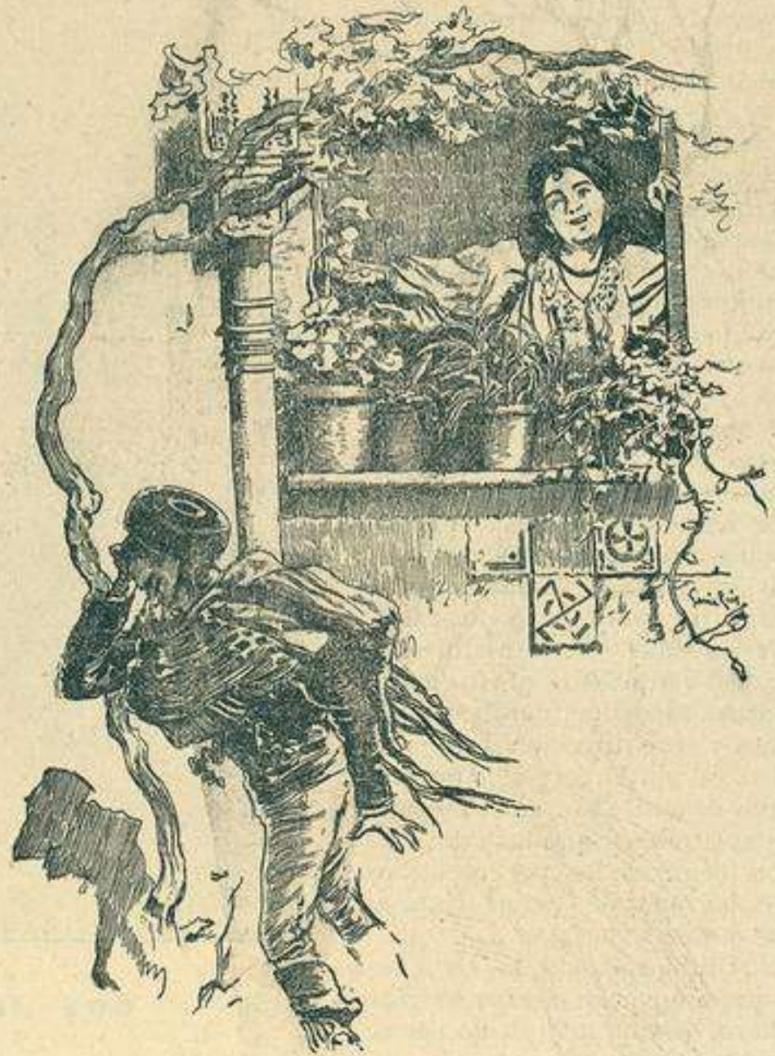
Los gritos y las canciones que poblaban el aire daban clara señal de la invasión, cuando abriéndose de pronto la mohosa puerta del chico huertecillo, apareció en éste pálida y severa la figura del anciano sacerdote.

Enmudecieron los chicos, sorprendidos por la inesperada visita, y el cura, dirigiéndose á su sobrina, le dijo:

«Llévate de aquí en seguida ese revoltoso enjambre; aquí no se puede jugar más; esta es tierra bendita.»

EL BESO NO SE PIDE, QUE SE DA

(CUENTO)



Al pie de una ventana,
apoyados los codos en la reja
por cuyos claros admirar se deja
la cara de una niña sevillana
que de gracia y belleza era un derroche,
á favor de las sombras de la noche,
un mancebo gentil, de esbelto talle,
continuaba su plática amorosa
con la niña preciosa
que en el balcón se ve desde la calle.
Y llegando su amor hasta el exceso,
como aquel que á la charla fin ponía,
á la niña le dijo que quería
en medio de su boca darle un beso.
Al oírle, la niña á su semblante
le dió cierta expresión aterradora,
y luego, con la voz más seductora,
mirándose en los ojos de su amante,
que todo el arte de fingir ignora:
—Oye—dijo—¿unque mucho nos queremos,
si tú me das un beso refiremos;—
y el galán cohibido,
mucho más que enfadado, entristecido,
á pesar de su amor y su embeleso
no se atrevió por fin á darle el beso.

Poco después, al alejarse de ella,
pensando en la belleza de su amada,
á su oído llegó de la doncella
la más estrepitosa carcajada,
y aturdido quedó, pues que la bella
por que no le dió el beso, algo enfadada,
mezclado con la risa en son de queja,
—Adiós, tonto—exclamó, y cerró la reja.

MIGUEL CAMPOAMOR.

Zaragoza, 1895.

Rosario no protestó á la severidad no acostumbrada del rostro de su tío; no hubiera, de seguro, consentido desobediencias. La niña, pensativa, fué reuniendo á sus compañeros, y cogiendo á éste de un brazo y pegándole á aquél un empujón, repetía:

«¡Vamos, vamos, que aquí no se puede jugar!»

El infantil ejército, silencioso y asustado, desfiló por el huerto como si le llevaran á la escuela.

Los pájaros que desde las ramas del cerezo presenciaban tan terrible escena, se mantenían también inmóviles y mudos, pensando: ¿qué ocurrirá?

Y cuando la puerta del huerto se cerró tras el último chiquillo, el cura de Briñoles hincóse de rodillas, hizo en el suelo la señal de la cruz y besó devotamente la sagrada tierra.

«¡No es la vida!—exclamó luego, dirigiendo una triste mirada á las flores del lozano cerezo y á los erguidos arbustos que colmaban la huerta.—¡No es la vida, sino la muerte la que os ha hecho nacer, prestándoos tanto verdor y hermosura tanta!»

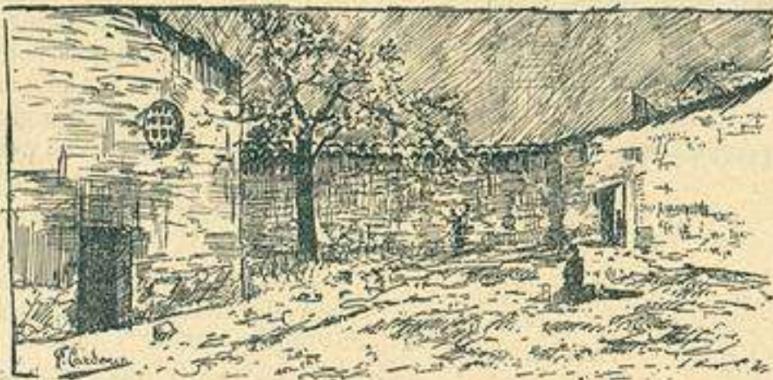
Quedóse largo rato como en oración, y murmuró después, fijos los ojos en tierra:

«¡Descansad en paz, hermanos!»

¡Ay! El cura de Briñoles, revolviendo antiquísimos documentos del archivo parroquial, acababa de saber que su humilde huertecillo había sido, en remotos tiempos el cementerio de la aldea.

A esto debía, sin duda, la huerta su fecundidad; á esto los arbustos sus hojas, el cerezo sus flores y las flores sus aromas; á esto, sólo á esto; no á las risas de los niños, no á sus alegrías ni á sus canciones, no.... sino á los hondos misterios de la muerte, á la materia en descomposición, á las fúnebres riquezas soterradas.

La muerte alzaba toda aquella vida, y por la muerte también granaban en el magnífico árbol, gala y orgullo del huerto, aquellas espléndidas cerezas de un color rojo intenso como si las hinchase sangre joven.



No oculto manantial, ni benéfica sombra de la iglesia, ni piadoso exorcismo con agua bendita, ni risueña y comunicativa vida.... sino la fría, la honda, la desconsolada muerte.

Y el cura de Briñoles, poniéndose nuevamente en pie y abarcando su amado huertecillo con una triste mirada, murmuró:

«¡No resonarán ya aquí más que mis oraciones!»

Pero las flores del cerezo, agitadas de pronto por el soplo de un aura primaveral impregnada de deseos de vida, le contestaron con la tumultuosa revolución de sus menudos pétalos:

«¡Que vuelvan los niños!»

Sí, eso dijeron aquellas humildes flores, de las cuales iban pronto á nacer espléndidos frutos de un color rojo intenso, como si los hinchase sangre joven, merced á la savia que las raíces del árbol atraían de la sagrada tierra del huerto.

La muerte torna á la vida por las flores del cerezo, hoy revoltosos pétalos, mañana roja sangre.... y mientras un aura primaveral las agitaba, el cura de Briñoles oía asombrado en el recinto del antiguo cementerio aquel alegre grito de vida y esperanza:

«¡Que vuelvan los niños!.....»

JOSÉ DE ROURE.



JUAN CARDONA

Es la juventud—según ha dicho uno de nuestros mejores clásicos—promesa de las acciones adultas, y como anillo al dedo se ajusta esta frase al autor del cuadro *Las primeras nieves*, que en la portada de este número reproducimos. Porque Cardona, apenas sentó plaza en las filas del arte, cuando ya ganó puesto honrosísimo entre la generación á que pertenece, y hoy es uno de los pintores noveles que más esperanzas hace concebir y que más en firme asegura sus adelantos precoces.

Es natural de Tortosa y estudió pintura en la Escuela de Madrid, adonde vino estimulado por nobilísimos afanes de perfeccionar su vocación con buenas enseñanzas.

En la elección de maestros se acreditó de perspicaz y acertado: D. Carlos Haes y D. Marcelino Unceta, dos verdaderos prestigios de la pintura española, fueron sus profesores, y bajo dirección tan sabia realizó el pintor tortosino progresos que demostraban sus excepcionales aptitudes y que más tarde se vieron confirmados por repetidos éxitos, logrados en varias Exposiciones á que concurrió.

En la internacional de 1893 obtuvo premio por su cuadro *Orillas del Ebro*, que fué adquirido por el ex subsecretario de la presidencia del Consejo de ministros D. Pablo Cruz; en la última Exposición celebrada en Bilbao también obtuvo una honrosísima recompensa, y su galardón más reciente alcanzólo en el certamen celebrado en Madrid, donde su cuadro *Horas tristes*, hermoso momento de la belleza crepuscular en el campo, mereció elogios de los inteligentes y favorable mención de la crítica.

Todos estos éxitos no fueron alcanzados sin que nuestro artista tuviese que luchar con todas las contrariedades que trae consigo la escasez de medios de fortuna para cualquier empresa de la vida. Pero estos obstáculos no abatieron la entereza de Cardona, pues en las horas adversas fué cuando con entusiasmos mayores trabajó, demostrando un admirable temple de carácter. Así es que á pesar de su aspecto juvenil, tiene toda la experiencia del que desde muy temprano se ve obligado á luchar por la vida. Serio, reflexivo y trabajador, pareció en su estudio un artista curtido en la enseñanza más bien que un joven recién salido de la academia.

Profesa verdadera idolatría hacia sus maestros Haes y Unceta, y en todas partes es un admirador entusiasta y un apologista elocuente de ellos.

El porvenir parece que tiene reservados grandes éxitos á Cardona, y los que le conocemos esperamos verlos confirmados pronto.

Porque Cardona es listo, y eso el apellido lo dice.



DON JUAN CARDONA



DON PRIMITIVO ARMESTO

ARMESTO

Ha empezado este pintor leonés por donde otros suelen concluir, obteniendo una segunda medalla en la pasada Exposición por un lienzo titulado *Víctimas del mar*, adquirido por el ministerio de Fomento para el Museo Nacional de Pintura y Escultura.

El cuadro *Víctimas del mar* llamó justamente la atención del público y del jurado por la amplitud de la composición y la limpieza de la factura. Comprendían que quien pintaba de aquel modo era artista de grandes alientos, ante quien no tardarían en abrirse las puertas del templo de la fama.

Armesto es joven: nació en Villafranca del Bierzo en 1865; pensionado por la Diputación provincial de León, estudió con singular aprovechamiento en la Escuela superior de Pintura de Madrid y luego en Italia, donde permaneció varios años pintando muchos cuadros que hoy figuran en varias galerías extranjeras, donde son justamente apreciados. Establecido en esta corte, ha seguido trabajando con aquella paciente asiduidad que es madre fecunda de las mejores obras artísticas.

Aunque Armesto ha ejercido su talento en todos los géneros pictóricos, demuestra especial predilección por los cuadros de costumbres, siendo tal la verdad y vida de sus lienzos, que éstos no han necesidad de título que sea guía del contemplador.

En la actualidad está pintando un gran retrato de S. M. el rey, encargado por una corporación popular, y preparando un cuadro de historia para la próxima Exposición.

Las obras de Armesto se distinguen por la corrección del dibujo y la justeza y solidez del color. Es artista de conciencia tan estricta, que no pinta nada de memoria, ni gusta de esos efectismos con que otros suelen obtener el aplauso inducto de la multitud. Trabaja con fe en la apreciación de los inteligentes y cumple con rigor los cánones del arte, por molestos y duros que sean.

Los lectores de los extraordinarios ilustrados de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA conocen ya varios preciosos dibujos del Sr. Armesto, publicados en números anteriores. Hoy honramos nuestras columnas con un cuadrillo de género, titulado *En la fuente* grupo lleno de movimiento y vida, copia fiel de la realidad, tan exactamente dibujada como ricamente dada de color.

Primitivo Armesto ocupa muy honroso lugar en la nueva generación de artistas, de la que nuestra patria puede esperar días de gloria.

R.

POESIAS

EL CONTRABANDISTA

(DE ANTAÑO)

Jinete en su pujante
yegua alazana,
á la luz misteriosa
que anuncia el día,
entonando una dulce
canción gitana,
va cruzando valiente
la serranía.

Ceñido á la cabeza
y atrás atado,
de arabescos dibujos
lleva un pañuelo,
y hacia la sien izquierda
con gracia echado,
el calañés brillante
de terciopelo.

Todo lo que en sí ostenta
vale un tesoro:
marsellés adornado
con alamares,
jubetín con lucientes
broches de oro,
que abrillantan las tintas
crepusculares.

Tersa faja de raso
color de grana,
camisa con chorreras
de fino encaje,
azulado y ceñido
calzón de pana
y polainas con flecos
de correaje.

Del arzón suspendido
corto retaco,
que un juguete semeja
de roble y plata;
y á la grupa sujeto
lleva el tabaco,
con que el mozo se busca
la vida ingrata.

Es su yegua arrogante
la más briosa
que recorre los campos
de Andalucía;
y la manta que luce,
tan primorosa,
que su urdimbre parece
de sedería.

Avanza con gallardo
trote ligero,
trote que ningún otro
corcel iguala;
y al mirarlos se antoja
que del mosquero
los borlones, claveles
son de Bengala.

De brocado parece
la baticola,
y la cincha de raso
de cien colores,
y con lazos prendida
lleva la cola;
y adornada las crines
lleva con flores.

Y camina la yegua
y el mozo sigue,
cantando con amante
monotonía,
sin pensar si la gente
que lo persigue,
regará con su sangre
la serranía.

Y allá va presuroso
de amor henchido
por llegar al poblado
con la mañana;
allí donde le esperan
su hogar querido,
y en su hogar las caricias
de su serrana.

Y arrojando la muerte
va temerario
sin temor, pues no sabe
qué son temores,
pues su vida defiende
su relicario,
donde lleva la Virgen
de los Dolores.

ARTURO REYES.

ELOGIO DE LAS MUJERES

Sin mujeres
careciera de placeres
este mundo y de alegría
y fuera como sería
la feria sin mercaderes.
Desabrida
fuera sin ellas la vida,
un pueblo de confusión,
un cuerpo sin corazón,
un alma que anda perdida
por el viento,
razón sin entendimiento,

árbol sin fruto ni flor,
fusta sin gobernador
y casa sin fundamento.
¿Qué valemós?
¿qué somos? ¿qué merecemos
si la mujer nos faltase,
á la cual se enderezase
el fin de lo que hacemos
y pensamos?
¿Quién es causa que seamos
particioneros de amor,
que es el más dulce sabor
que en esta vida gustamos?
¿Quién temía
carga de la policía,
y cuenta particular
de la casa y del hogar
y hacienda y granjería?
Su consuelo
tan cierto, tan sin recelo
en nuestras adversidades,
trabajos y enfermedades
tenemos en este suelo;
de ellas mana
cuanto bien el hombre gana
y ellas son la causa de ello,
la guarda, firmeza y sello
de nuestra natura humana.

CRISTOBAL CASTILLEJO.

LA TORRE DE HÉRCULES

A LA FAROLA

(DE LEJOS, AL ANOHECER)

¡Bien haya esa luz galana,
soberana,
que de la tarde al caer,
en el cielo comparece,
mengua y crece
dilatando su poder!...

Ya se ostenta nacarada,
plateada,
ya de oro toma el color;
siempre en alto bullidora,
creadora,
vive de su resplandor.

Juega á solas con las hadas,
escapadas
de un encantado jardín;
desfallece en su ardimiento,
dale aliento
el soplo de un serafín.

Pasan las tranquilas Floras,
veladoras,
otro mundo á recorrer,
y hete aquí que la sorprenden
y la prenden
de la aurora al roscier.

ANTONIO SANTIAGO SOMOZA.

CUADROS Y DIBUJOS

LAS PRIMERAS NIEVES

Han aparecido ya en las montañas, y son el adorno más vistoso de la naturaleza en estos días de invierno.

No se concibe á mayo sin flores, ni á diciembre sin nieves.

Para recibirlas despojáronse los árboles de sus últimas hojas y la tierra muéstrase desnuda de toda gala; parecen más rígidos y descompuestos los contornos de los peñascos y más pobres y desamparados los pueblecillos rurales.

Sin embargo, nada más hermoso que el humo azul de los hogares destacándose sobre el ampo de la nieve y elevándose en la atmósfera tranquila en columnas que suben al cielo rectas como el humo de los sacrificios de Abel gratos á Dios.

La prensa de provincias ha dado ya cuenta de grandes nevadas caídas en algunos pueblos de los Pirineos, y pronto serán generales en las regiones frías de la Península.

Los madrileños no tardaremos en ver cerrar gran parte de nuestro horizonte por la barrera del Guadarrama cubierta de nieve. Mas para nosotros la nieve no suele ser más que un espectáculo vistoso y una poética decoración de los días de Navidad. Lo que espanta es la perspectiva del invierno en los pueblos, con tanto hogar desamparado y empobrecido.

El ilustre Pereda pintó con toda la magia de su admirable estilo la vida en los pueblos que la nieve rodea gran parte del año; pero en estos momentos el cuadro del insigne novelista montañés se representa en nuestra imaginación con una nota de inmensa tristeza; con la tristeza que en él imprimen las desgracias de la patria, los afanes de la guerra y la ausencia de tantos seres queridos que el deber llama á pelear muy lejos.

Todo esto es lo que traen á la memoria las primeras nieves; todo esto será lo que se recuerde este invierno en las veladas que se celebren al amor de la lumbre, cuando chisporrotee alegre, celebrando á su manera los encantos del hogar y la poesía del rincón solariego.

EN LA FUENTE

Las frecuentes turbias del Lozoya han conseguido devolver el crédito á las aguas de los antiguos viajes. No conocieron ni probaron otras nuestros abuelos y esto no impidió que vivieran tan ricamente. Pero á nosotros, con la traidade las aguas del Lozoya, una de las más positivas mejoras de la capital en el presente siglo, se nos fueron las memorias de los beneficios que debíamos á las viejas fuentes y á la inalterable y constante pureza de sus líquidos caudales. Así es que todo el mundo aspiró á tener en su casa agua de la nueva y poco á poco fué desapareciendo la benemérita clase de aguadores; solo quedó alguno que otro ejemplar de la clase en las fuentes de los barrios extremos.

Sin embargo, aún quedarán constantes aficionados al agua de las Capuchinas, Encarnación, Pontejos, Santa María, San Andrés y tantas otras como en la villa existen, y alrededor de las cuales, especialmente cuando se aproxima la hora de la comida, hay alegre y numerosa reunión de Menegildas y domésticos de todas clases, provistos de botijos y cantarillos para recoger su correspondiente ración de agua; agua que pudiéramos, como á ciertos vinos, llamar de mesa, pues únicamente se sirve á manteles y para estos usos va destinada.

Armesto, en el cuadro que reproducimos en el centro de este número, ha retratado con su habilidad acostumbrada estas escenas de la fuente en uno de los barrio más típicos de Madrid, en el de San Andrés, de cuya iglesia se ve en el fondo la fachada.

La plaza de San Andrés es una de las más antiguas de la coronada villa, pues se conservan antecedentes de sus construcciones desde 1699, y en cuanto al templo, su erección data del año 1657, y allí estuvo depositado el cuerpo de San Isidro en una preciosa arca que todavía se conserva, según creemos.

El barrio de San Andrés es uno de los del Madrid viejo, donde ha ido á refugiarse la flor y nata de la *madrileñería* pura y neta, y allí tienen que ir á buscarla los que quieran conocer á fondo el espíritu de este pueblo y retratar sus pintorescas costumbres.

HOJAS DE MI ALBUM

A juzgar por la muestra, tiene mucho que ver el album de Domingo, pues si basta un retrato tamaño como un grano de trigo para proclamar la hermosura de doña Dulcinea, sobra con un ligero apunte á lápiz para revelar la existencia de un maestro.

Conste, sin embargo, que no calificamos de apunte «ni mucho menos de ligero» el magnífico estudio que del insigne Domingo reproducimos; pero es evidente que si otras obras maestras no lo pregonaran antes, bastaría esa *Hoja de album* para indicar la existencia de un artista de condiciones geniales.

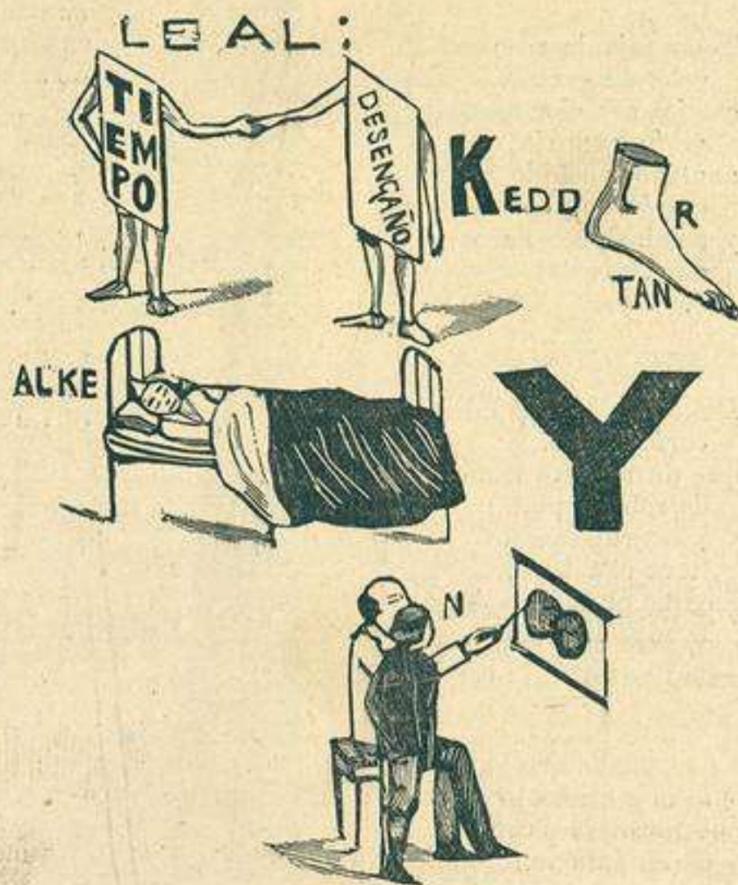
Por la puerta del establo entreabierta entra un rayo de luz, la primera del amanecer, que ilumina el interior donde se agita en agrupación pintoresca numeroso rebaño de blancas ovejas.

Buscan las más glotonas atropelladamente la puerta, fuera de la cual extiéndense los pastos frescos y húmedos con el relente de la mañana, y las más remolonas husmean por los rincones sombríos del establo, más sollicitas, al parecer, por la pereza que por la gula.

Es cuadro que representa la vida de la aldea bajo su aspecto pastoril, que acaso sea el más hermoso, aunque contribuyó no poco á hacerlo ridículo el empalagoso lirismo de los bucólicos de antaño.

Mucho pierde el dibujo de Domingo al ser reproducido, pero aun así conserva la reproducción rastros evidentes de las bellezas del original y de la gallardía con que maneja el lápiz el ilustre autor de este trabajo.

JEROGLÍFICO



FRASE HECHA

SOLUCIONES Á LOS ACERTIJOS

- 1.º TABACO.
- 2.º LAS COSQUILLAS.

SOLUCIONES Á LAS CHARADAS

- 1.ª SALAMANCA.
- 2.ª KALEIDOSCOPO.

SOLUCION Á LA FRASE HECHA

LUCIR EL GARBO.

SOLUCION AL JEROGLIFICO

Marchando con su madre, Inés resbala;
cae al suelo, se hiere, y disputando,
so hablan así después, las dos llorando:
—Si no fueras tan mala...—No soy mala.
—¿Qué hacías al caer?—Iba rezando.

NOTA COMICA, POR MECACHIS

ACERTIJOS

Fuí yerba, perdí mi ser
porque serví de ordinario
y tuve suceso vario;
volviéronme á deshacer,
y sirvo de secretario.

Dicen que de ley carezco,
y que de muy mala cara
á quien me tiene parezco;
soy ingeniosa y avara
y á toda maldad me ofrezco.

CHARADAS

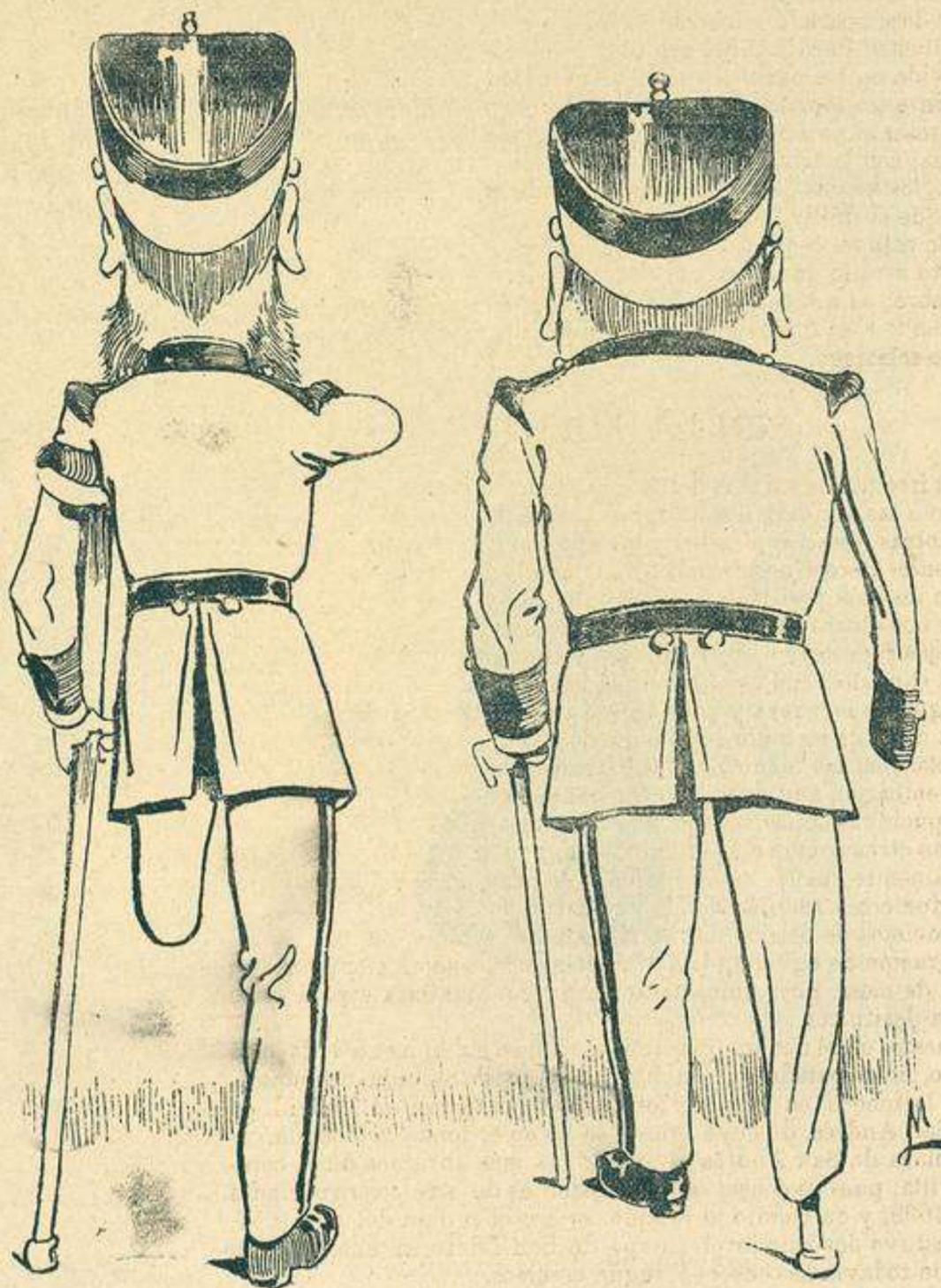
Si eres *primera* y *tercera*
dímelo por compasión
y al darme tu corazón
pronuncia *cuarta* y *primera*.

Por Dios no me hagas pasar
un triste *segunda* y *cuarta*:
si de querer estás harta
dímelo sin vacilar.

Pero atente á mi furor,
cual *tercia* y *cuarta* celoso:
te *prima* y *cuarta* furioso
si no me otorgas tu amor.

No creas al ver mi porte
que de importancia carezco;
soy un *todo* que parezco
extraordinario en la corte.

Quando llegas *primera* *prima-dos*
ya tienes *tercia-cuarta* para rato,
pues te pones tan *todo*, amigo mio,
que ya peca en exceso tu entusiasmo.
No me da á mi por esa *cuarta-quinta*,
que *prima* *cuarta-dos* me hubiera echado,
si yo, cual tú, *primera-dos-primera*;
mas yo sé *quinta-dos* esos volcánicos
arranques, y tan solo un *quinta-tercia*
busco, y si no lo encuentro, no me caso.



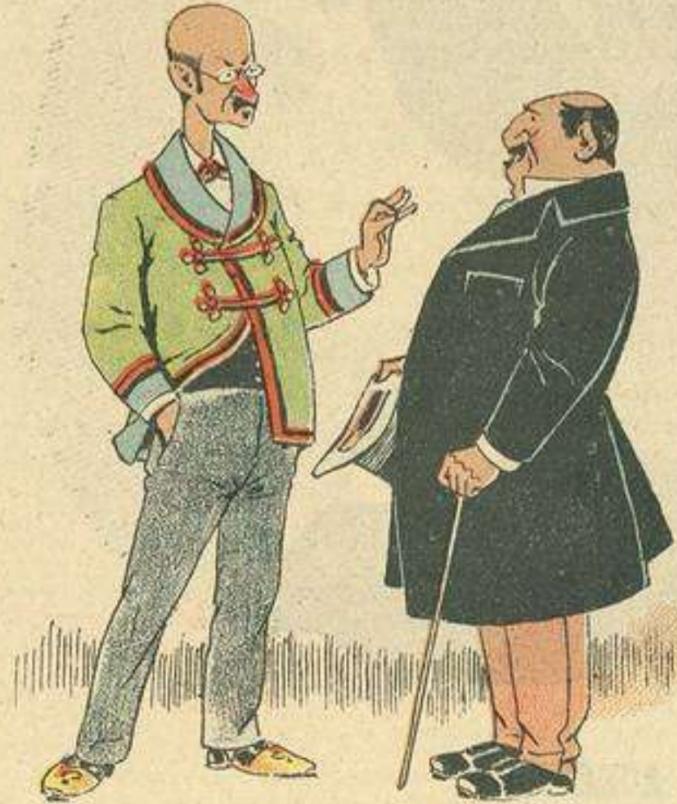
CUERPO DE INVÁLIDOS

Los de la última campaña.

PLAN HIDROTERÁPICO.



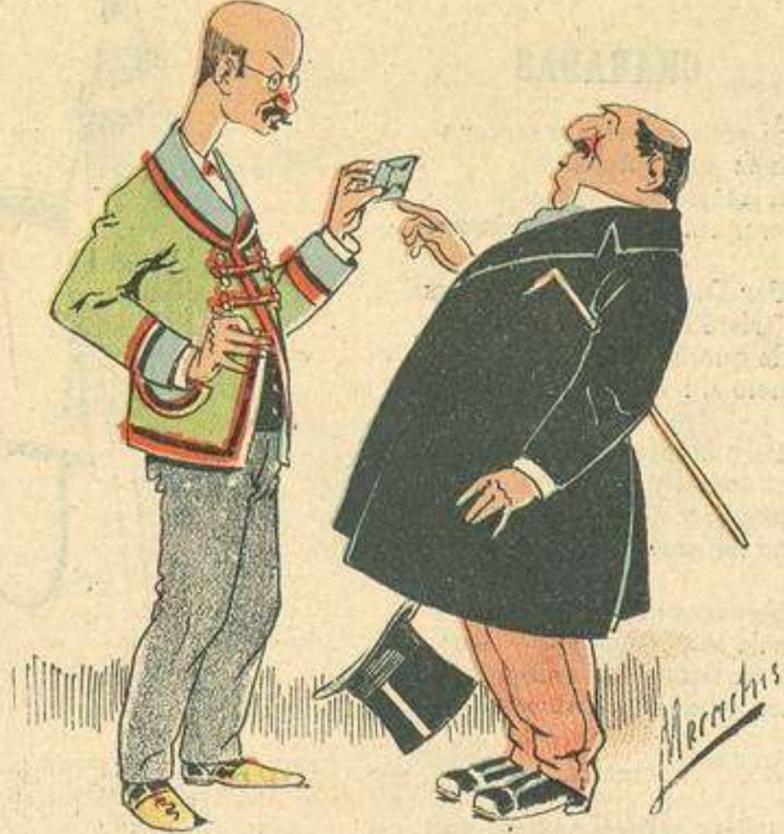
1ª-Para su dolencia lo indicado es un plan hidroterápico. Mire V. por la mañana, al levantarse, se toma V. un cuartillo de agua.
-Entendido.



2ª- Antes de almorzar, se bebe V. cuartillo y medio de agua, y a la hora y media de comer otro cuartillo y medio.
-Esta bien.



3ª- Dos horas antes de comer, dos cuartillos de agua y a la media hora de haber hecho la digestión, tres cuartillos mas.
-Corriente.



4ª- Antes de acostarse se toma un litro de agua y finalmente cuando esté en la cama se toma V. este papelito.
-Ya se lo que es, papel secante.